

Toledo en la poesía castellana

POR

FERNANDO ALLUÉ Y MORER

Discurso leído por el autor en la recepción como académico de número en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, de Toledo, el día 26 de Junio de 1949.

EXCELENTÍSIMAS AUTORIDADES,
ILUSTRÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Al llegar al seno de esta docta Corporación, al que me han traído no ciertamente mis méritos, que no poseo ninguno, sino benevolencia y generosidad de las ilustres personalidades que la componen, quiero en primer término expresar mi gratitud hacia ellas, con una promesa firme: la de mi caluroso deseo de colaboración en todos los trabajos que beneficien el nombre de esta insigne Ciudad. El entusiasmo suplirá mi deficiente preparación técnica para las arduas misiones de arte y arqueología que preocupan a la Academia.

Vengo a ocupar por protocolario designio el puesto de un ilustre pintor, fallecido recientemente, Don Pedro Román, Presidente que fué de la Corporación. Me unió a él un gran afecto, fundado tan sólo en admiración a su honrado pincel. Precisamente, en los días que precedieron a su óbito, admiraba en su compañía muchos de los últimos lienzos. Me comunicaba, en esas postreras horas de su vida, preocupaciones no sólo de índole estética, sino también familiar. Y, con gesto generoso que no olvidaré nunca, hízome el inestimable regalo de un cuadro suyo: Un óleo que recogía —y recoge— magistralmente la emoción y el encanto de las orillas del río toledano, con sus árboles de seguro perfil, con sus verdores deliciosos, evocando horas de intransferible estío.

En mi hogar, pone hoy el hermoso lienzo una nota del más grato sabor, fijando exactamente la gracia verde y alada de la Huerta del Rey. El agua del Tajo, tan felizmente prendida por el artista, refresca ahora mis horas cotidianas, murmurándome en todo instante el gran secreto de Toledo: ¡Su atracción amorosa y eterna!

* * *

«Toledo en la poesía castellana». El tema elegido para la disertación es inmenso: por su volumen, inagotable; por sus calidades, imposible de gozar en los cortos minutos de que disponemos. Tampoco mi escaso caudal erudito me permitiría, bajo ningún concepto, abordar íntegramente el ambicioso tema. Quédese, pues, reducida la tarea a un plano más modesto: abocetar diversos perfiles, apuntar algunos de los infinitos caminos.

Toledo y el Tajo

«Es el asiento de esta ciudad alto, áspero, firmísimo e inexpugnable, por ser fundada sobre una alta montaña, de dura y fuerte peña del tamaño de ella misma, cercada casi en torno del famosísimo río Tajo, que ha la forma de una herradura, cerca la mayor parte de ella, cuyos callos o extremos son la entrada y salida de él, que por una pequeña distancia se apartan el uno del otro, quedando esta ciudad en medio a manera de isla. Y puesto que las riberas de este río, antes de llegar a la ciudad y después de apartado de ella, van coronadas y adornadas de frescas y hermosas arboledas, llenas de todas partes de sotos y huertas, con gran muchedumbre de árboles frescos y deleitosos: al tiempo de llegar a ella, divide en dos partes una grande y alta sierra de peña tajada, por medio de la cual pasa muy estrecho y acanalado, metido por una honda cava, cercadas por ambas partes de grandes riscos y altas peñas, que dan buena demostración haber sido hechos no por artificio humano sino por obra divina en la creación del mundo».

Tal es la exacta descripción que hace en prosa (por cierto, no demasiado excelente) el doctor Francisco de Pisa (1) en su famosísima Historia de Toledo, en los albores del siglo XVII. Mas con-

templad ahora esta misma Toledo, en las octavas inmortales de Garcilaso de la Vega, transfigurada ya en la más alta y pura poesía (2). El Tajo abrazando la ciudad:

... Pintado el caudaloso río se vía
que en áspera estrechez reducido
un monte casi alrededor ceñía
con ímpetu corriendo y con ruido;
querer cercarlo todo parecía...

Toledo se levanta, casi exenta y vertical, mirándose en el círculo sutilísimo del agua:

... Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada.

En dos admirables tercetos, también Lope de Vega ha prendido para siempre el perfil y la esencia en relieves del caserío inmortal:

Humilla, oh gran Toledo, la famosa
cerviz llena de casas, a quien hace
collar el Tajo en círculo corriente,
y esa montaña al parecer fragosa,
sobre cuyos extremos el sol nace,
vanagloriosa de ceñir tu frente. (3)

Así mismo, Don Luis de Góngora, en un bellissimo soneto, dirigido a Tamayo de Vargas, diseña la delicadeza dorada del río, divisada desde el alto nudo pétreo de Toledo:

Tú, cuyo ilustre entre una y otra almena
de la imperial ciudad, patrio edificio,
al Tajo mira en su húmido ejercicio
pintar los campos y dorar la arena. (4)

Y, en fin, esta preciosa y exactísima visión de Don Francisco de Quevedo, que, en franca eutrapelia, acierta con maravilloso sentido de realidad humana, pero también de realidad poética:

Vi una ciudad de puntillas
y fabricada en un huso
que sí en ella bajo, ruedo,
y trepo en ella, si subo. (5)

¡El Tajo y Toledo! Decir Toledo es evocar el río ilustre que la ciñe. Decir Tajo es, por antonomasia, pensar en la ciudad maravillosa que se levanta como una joya única entre sus ondas de oro. Sí, de oro. Ya Séneca, el romano cordobés, lo afirmaba:

Non quidquid fodit occidens,
aut unda Tagus aurea
claro develit alveo... (6)

Y el poeta de las «Soledades», otro cordobés, en un famoso soneto a Don Cristóbal de Mora, también adivinaba de oro el río:

En los campos de Tajo más dorados
y que más privilegian sus cristales... (7)

El mismo, reiteraba su viviente metáfora en un delicioso romance:

En las orillas del Tajo
cuyas márgenes coronan
piélagos de oro en arenas
que ciñan su frente undosa... (8)

E insistía, en un admirable soneto, sobre el ineludible tropo:

Los blancos lilios que de ciento en ciento
hijos del sol nos da la primavera,
a quien del Tajo son en la ribera
oro su cuna, perlas su alimento... (9)

Es también áureo el río, no sólo por el color de sus ondas, sino por la riqueza milenaria de sus arenas, para Bartolomé Leonardo de Argensola. Tal lo afirma en un delicadísimo soneto:

Tajo, productor del gran tesoro
(sí a la fama creemos) cuya arena
de zafiros y perlas está llena,
tus aguas néctar, tus arenas oro. (10)

Don Diego Hurtado de Mendoza, nos brinda una silva muy poéticamente, inmerso en emoción áurea, desde...

... la ribera del dorado Tajo
cuando el sol tiene el cielo más ardiente,
y a la tierra sus rayos dan trabajo,
orilla de una limpia y clara fuente... (11)

El maestro José de Valdivielso háblanos del padre Tajo también, envuelto en cendales de oro, «del que en su arena codiciada lleva». (12)

Cervantes, en su «Viaje al Parnaso», nos asegura que el río toledano «en vez de arena granos de oro lleva». (13)

Y, en fin, hasta el declamatorio Quintana, en los umbrales del siglo XIX, increpa al río inmortal, subrayando sus amarillas y ricas calidades:

Tajo profundo, que en arenas de oro
la rubia espalda deslizando, llegas
el pie a besar a la imperial Toledo... (14)

Pero para Lope de Vega, máximo poeta siempre, que vivió y amó en Toledo, que tuvo en la ciudad entrañables amigos y entrañables y perennes afectos, el Tajo tiene más complejas emociones. Desde los vernáculos matices áureos, al recordar con emoción la poesía insigne de Garcilaso:

... Círculos de cristal el Tajo encrespa
en rizos de oro de la arena crespa. (15)

O al confirmar la ilustre progenie de cuanto el río toca o mira en su antiquísimo curso:

... El río por la bárbara espesura
de juncias y espadañas,
debajo del dosel de verdes cañas
los tiempos refería
en que apenas había
flor, peña, margen, rama
ni lugar eminente
que como en Grecia no tuviese fama. (15)

O contemplando sus orillas en donde, al gozo verde del paseo, pone contrapunto la paciente serenidad de los humildes pescadores:

Descalzo el pie sobre la arena ardiente,
ceñida la cabeza de espadañas,
con una caña entre las verdes cañas
que al Tajo adornan la famosa frente
tiende sobre el cristal de su corriente
su cuerda el pescador... (16)

Hasta este encantador romance de su comedia «La noche toledana», en que al río, de nombre incorruptible, le es permitido, humanizado ya, latir bajo los ámbitos catedralicios:

... Tajo, que el nombre latino,
a pesar del fiero moro,
conservó por tantos siglos;
por cuya causa en su Iglesia,
Toledo en aljibes fríos
le deja entrar, como a hidalgo
de cuatro costados limpio. (17)

Y nos transmite la emoción suprema, en la vejez que se acerca, de los años idos, de los días de juventud vibrante y apasionada, cuando el Tajo era testigo de su aventura y el buen Baltasar Elisio confidente:

Yo pagaré con lágrimas la risa
que tuve en la verdura de mis años,
pues con tan declarados desengaños
el tiempo, Eliseo, de mi error me avisa.
Hasta la muerte en la corteza lisa
de un olmo, a quien dió el Tajo eternos baños,
escribí un tiempo, amando los engaños,
que mi temor con pies de nieve pisa.
¿Mas qué fuera de mí, si me pidiera
esta cédula Dios, y la cobrara,
y el olmo entonces el testigo fuera?
Pero yo, con el llanto de mi cara,
haré crecer el Tajo de manera
que solo quede mi vergüenza clara. (18)

«Entre los que con la nobleza de sus casas, grandeza de sus ingenios y fortaleza de sus hazañas han ennoblecido más la imperial Toledo, tiene el primer lugar Garcilaso de la Vega, por juntarle en él solo, lo que aun repartido entre muchos, dan la admiración a los extraños, que nombre a esta ciudad, a quien reconoce por madre en varias partes de sus obras». (19) Así comienza Don Tomás Tamayo de Vargas, toledano también, su libro famoso sobre Garcilaso. «Garcilaso de la Vega, natural de Toledo», le llama, y, en efecto, siendo toledano el poeta cobran en él mayor valor la belleza y la emoción del río aurífero, del río que, «en áspera estrechez reducida» ciñe el monte, sembrado de la «ilustre y clara pesadumbre» de antiguos edificios.

¡El río aurífero! Así lo afirma Garcilaso, algo más que poéticamente. En la *Égloga III*, cuenta cómo las ninfas, emergiendo del agua, recalcan en las arenas de la orilla, y, escurriendo las gotas de los cabellos y esparciéndolos enjutos ya sobre las blancas espaldas, dedicanse a la exquisita elaboración de delicadas urdimbres:

Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envía,
apurado, después de bien cernidas
las menudas arenas do se cría:
y de las verdes hojas reducidas
en estambre sutil, cual convenía
para seguir el delicado estilo
del oro ya tirado en rico hilo. (20)

«Debe Toledo a Garcilaso muchas alabanzas, pues no deja ocasión en que las olvide: y aquí no son encarecidas sino verdaderas las del oro de sus arenas, pues hasta hoy se experimenta lo que en los tiempos antiguos fué tan recibido». Así comenta Tamayo este pasaje de la *Égloga III*, recalcando, con el testimonio del poeta, la verdad milenaria de las arenas de oro del río toledano. (21)

La caricia del río y sus orillas se siente constantemente preciosa a lo largo de toda la *égloga* mencionada, quizá la más hermosa y feliz de las tres. Bordeado de espesa y fragante arboleda, por desgracia casi inexistente hoy, el río se desliza anchuroso y azul, reflejando los cielos y las nubes. La exquisita frescura de los sotos, invita al gozo intransferible de poético abandono:

Cerca del Tajo en soledad amena
de verdes sauces hay una espesura
toda de hiedra revestida y llena. (22)

Lento, apacible, marcha el río, entre la vigilancia enhiesta y verde de la fronda umbria; todo es paz en el ambiente, sosiego en el aire delgado del estío:

Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
que pudieran los ojos el camino
determinar apenas que llevaba... (22)

¡Ello es así! ¡Y qué redonda felicidad ver y soñar lo visto y soñado por Garcilaso, en las orillas de este agua de Toledo, imponderable y sutil, tan ilustre por sus arenas como por sus cantores!

NOTAS

- (1) Descripción de la imperial ciudad de Toledo e historia de sus antigüedades y grandezas, etc. Compuesto por el Doctor Francisco de Pisa. Año 1605. En Toledo, por Pedro Rodríguez.—Folio 9 v.º.
- (2) Obras de Garcilaso de la Vega, príncipe de los poetas castellanos, por Don Tomás Tamayo de Vargas. En Madrid, por Luis Sánchez. 1622.—Egloga III, folio 105.
- (3) Rimas sacras de Lope de Vega Carpio, clérigo presbítero, con cien octavas de la vida de la Magdalena. Lisboa. En la oficina de Henrique Valente de Oliveira. Año 1658.—A San Julián, Arzobispo de Toledo, patrón de la Academia de Madrid. Canción: pág. 203.
- (4) Góngora: Obras poéticas. Tomo primero. Prólogo y notas de A. Alvarez Villa. París, Louis Michaud, 168 Boul. Saint-Germain.—Soneto a Don Tomás Tamayo de Vargas: pág. 192.
- (5) Obras de Quevedo. Tomo tercero. Ordenadas y corregidas por Don Florencio Janer: pág. 209.
- (6) Séneca, en el coro del acto segundo de «Thiestes».—Cit. por Rodríguez Marín en nota de la pág. 148 de su edición crítica de la «La ilustre fregona». Madrid, 1917.
- (7) Góngora, ob. cit., pág. 185.
- (8) Poetas líricos de los siglos XVI y XVII, colección ordenada por Don Adolfo de Castro. Tomo primero.—Góngora: Romance CXXIII, pág. 552.
- (9) *Ibidem*.—Góngora: Soneto CXLVI, pág. 444.
- (10) *Ibidem*, tomo segundo.—Bartolomé Leonardo de Argensola. pág. 297.
- (11) *Ibidem*, tomo primero.—Don Diego Hurtado de Mendoza, pág. 52.
- (12) Maestro Joseph de Valdivielso: Sagrario de Toledo. En Madrid, por Luis Sánchez, 1616. Libro tercero. Folio 47. Octava 3.ª.
- (13) Miguel de Cervantes Saavedra: Viaje al Parnaso.—Capítulo VIII. Verso 36.
- (14) Obras completas de Quintana. Con un prólogo de Don Antonio Ferrer del Río. Pág. 3.
- (15) Colección escogida de obras no dramáticas de Frey Lope Félix de Vega Carpio, por Don Cayetano Rosell.—Laurel de Apolo, pág. 189.
- (16) Rimas sacras de Lope de Vega Carpio, citadas.—Soneto I.I, pág. 36.
- (17) Comedias escogidas de Frey Lope Félix de Vega Carpio. Juntas en colección y ordenadas por Don Juan Eugenio Hartzenbusch. Tomo primero.—«La noche toledana», acto 2.º, escena novena, págs. 203 y siguientes.
- (18) Rimas sacras, citadas.—Soneto XCIV, pág. 64.
- (19) Tamayo de Vargas, ob. citada, folio 2.
- (20) *Ibidem*.—Egloga III, folio 103.
- (21) *Ibidem*.—Apéndice, folio 71.
- (22) *Ibidem*.—Egloga III, folio 102.

Los artificios del agua

En los albores del siglo XVII, uno de los cómicos del «Viaje entretenido», de Rojas Villandrando, Ramírez, pregunta admirado al visitar Toledo: «¿Y aquel artificio que sube el agua desde Tajo a lo más alto de la ciudad, no es cosa increíble y que causa notable admiración que suba por más de quinientos codos de altura?». Y le contesta otro, Solano, su acompañante: «Obra es la más insigne y de mayor ingenio de cuantas de su género sabemos que hay en el mundo. Cuyo inventor fué Juanelo Turriano, natural de Cremona, en Lombardía, que por sola esta obra mereció igual gloria con aquel Arquímedes, de Siracusa, o el otro Arquitas tarentino, que fué tan gran matemático, que hizo volar una paloma de madera por toda una ciudad, y vemos que sola la invención de su maderaje de este artificio tiene más de doscientos carros de madera delgada, que sustentan encima más de quinientos quintales de latón, y más de mil y seis cientos cántaros de agua.» (1)

¡Famoso artificio de Juanelo! ¡Admiración de propios y extraños! ¡Máquina maravillosa que a todos sorprendía! Así se comprende bien lo que dicen entre sí los dos asombrados aldeanos de la comedia «La famosa toledana», de Juan de Quirós: (2)

—Pardiós que es encantamiento
ver del agua el artificio.

—¿Cómo pudo bastar joicio
para hacer tal estromento?

Pero hay más. Un poeta de relieve culterano como el maestro José de Valdivielso, en su «Sagrario de Toledo», invita a la contemplación del colosal y móvil artilugio con una emoción que dice mucho de atónito embeleso:

Del lombardo Juanelo atento mira
el artificio, que por sí se mueve
como reloj que con sus ruedas tira
de cadena que el agua clara bebe,
que en brazos sube, y al subir se admira
porque al Alcázar a llegar se atreve,
y apenas los umbrales regios toca
cuando ser se promete de la boca. (3)

Estaba quizá más ceñida a la realidad irónica del estupendo fenómeno mecánico de aquellos tiempos, la musa sonriente de un Góngora, en uno de sus donairosos romances: (4)

A vos digo, Señor Tajo,
 el de las ninfas y ninfos,
 boquirubios toledanos,
 gran regador de membrillos;
 a vos, el vanaglorioso
 por el extraño artificio,
 en España más sonado
 que nariz con romadizo.

O la de un Don Francisco de Quevedo, siempre aguda y punzante, siempre sutilmente precisa, en el admirable «Itinerario de Madrid a su torre»: (5)

... Vi el artificio espetera,
 pues en tantos cazos pudo
 mecer el agua Juanelo
 como si fuera en columpios.
 Flamenco dicen que fué
 y sorbedor de lo puro;
 muy mal con el agua estaba
 que en tal trabajo la puso.

Lope —poeta siempre— es quien prodigiosamente, en cada momento, sabe encontrar el secreto lírico y humano de todas las cosas. Así, al contemplar el río, encañonado entre los pelados riscos de Alcántara y San Servando, clama, estremecido de poética emoción: (6)

Con estrépito ronco
 suba el Tajo a mirar desde las ruedas
 por escalas de plata siempre ledas.

Hay más, hay más testimonio en Lope. En «La Dorotea», rastremos una bellísima alusión todavía. Pero quizá no referida al antonomásico y grande artificio, el de Juanelo, sino a los otros, menudos y sencillos artificios de la Huerta del Rey, que describe tan bien el doctor Pisa: (7) «...Las huertas que están lejos de la ribera del río... éstas se riegan con otro género de artificio, de

unas grandes ruedas de madera, que llaman azudas, las cuales movidas con la fuerza del raudal del río, levantan el agua y la van derramando y derivando...».

Oíd a Lope, esta vez mecido por arrullos pastoriles, entre aromas bucólicos, sabor literario probablemente un poco arcaizante en el poeta, es decir, perteneciente a su época más juvenil: (8)

Así Fabio cantaba — del Tajo en las orillas,
oyéndole las aguas — llorándole las ninfas.
La perezosa tarde — con sombras fugitivas
bajaba de los montes — en brazos de sí misma;
las aves vagarosas — callaban recogidas,
en tanto que la noche — se revelaba el día.
*Las ruedas sonoras — el silencio rompián,
haciendo a rayos de agua — esferas cristalinas.*

Estas «ruedas sonoras» del Tajo, girando pausadas y rítmicas en la apacibilidad bucólica de la Huerta del Rey, donde quizá se deslizó también la infancia toledana de Garcilaso, entre álamos y negrillos estremecidos por el leve céfiro de las soleadas mañanas; estas ruedas que son, para Lope, «sonoras», constituyen las «altas ruedas», el «artificio de las altas ruedas» del poeta de las Églogas. (9) ¡Y qué emoción — en la llanura serpeada por el río— debía tener el canto espumoso de estas toscas azudas entrañables de Toledo!

NOTAS

(1) Agustín de Rojas Villandrando: *El Viaje entretenido*. Con una exposición de los nombres históricos y poéticos que no van declarados. En Madrid. Imprenta Real. 1604.—Libro segundo, pág. 359.

(2) Juan de Quiros: *La famosa toledana*. Comedia manuscrita que se conserva en la Biblioteca Nacional. Cit. por Rodríguez Marín en su edición crítica de «*La ilustre fregona*». Madrid, 1917.—Prólogo, pág. XXII.

(3) Maestro Joseph de Valdivielso: *Sagrario de Toledo*. Poema heroico. Año 1616. En Madrid, por Luis Sánchez.—Libro XXIII, folio 427, octava 3.^a.

(4) Poetas líricos de los siglos XVI y XVII. Colección ordenada por Don Adolfo de Castro. Tomo primero.—Góngora: Romance LII, pág. 523.

(5) Obras de Quevedo. Ordenadas y corregidas por Don Florencio Janer. Tomo tercero, pág. 209.

(6) Colección escogida de obras no dramáticas de Frey Lope Félix de Vega Carpio, por Don Cayetano Rosell.—*Laurel de Apolo*, pág. 209.

(7) Descripción de la Imperial ciudad de Toledo e historia de sus antigüedades y grandezas, etc. Compuesta por el Doctor Francisco de Pisa. Año 1605. En Toledo, por Pedro Rodríguez.—Libro primero, capítulo 14, folio 25.

(8) Lope de Vega: *La Dorotea*. Edición y prólogo de Américo Castro. Madrid 1913.—Acto segundo, escena cuarta, pág. 76.

(9) Tamayo de Vargas: *Obras de Garcilaso de la Vega*.—En Madrid, por Luis Sánchez. Año de 1622.—*Egloga III*, folio 105.

La pérdida de España

Si Toledo fué la gran sede visigótica, y de ello ha quedado, más que sus ruinas, su memoria histórica, es preciso dedicar un recuerdo a ese momento de la vida de España en que el mundo ibérico se centró en esta ciudad. Los avatares de los siglos han ido sepultando los testimonios de piedra, y si la poesía no hubiera acudido a recoger el alma de aquellos instantes, pudiera decirse rotundamente que ya no quedaría nada. He aquí cómo la poesía, es decir, el espíritu, ha salvado históricamente toda una época de nuestro vivir vernáculo.

La «Pérdida de España» ha sido cantera inextinta de obra poética. Por su momento en la Historia de España y por su sentido, fué anónima la mayor parte de ella. La popularidad del fenómeno histórico exigió un medio de expresión sencillo y universal. Por eso el romance fué el vaso que recogió, prodigiosamente y para siempre, a través de su incansable devenir, el aliento y las anécdotas de aquellos siglos, inyectando su voz en el propio corazón del pueblo.

Don Agustín Durán ha sido quien, en la segunda mitad del siglo pasado, coleccionó con más amor y probidad los viejos romances. A veces, tomados del Romancero General, o de las varias «Rosas», de Timoneda, o de las colecciones del inglés Deeping, o, principalmente, de Lorenzo de Sepúlveda, quien, según este afirmaba, los sacaba directamente de la Crónica general.

Absorben los romances el sentir popular, y transformándose al trasmitirse en la boca del pueblo, desde los primeros juglares, han ido perfeccionando poco a poco su línea hasta nuestras horas actuales. Don Ramón Menéndez Pidal confiesa noblemente en nuestros días que, al introducir él mismo variantes en ellos, no ha hecho otra cosa que seguir «los mismos procedimientos tradicionales por los que se han elaborado todos los textos conocidos». (1)

Veamos la «Pérdida de España»: el rey Rodrigo y la hermosa Florinda, Tarif ganador de la cristiana Toledo...

Tomado de la «Rosa española», de Timoneda, inserta Durán, entre otras versiones, un impresionante romance anónimo del

último rey godo abriendo la cueva encantada de Toledo, cuyo contenido procede primordialmente de la Crónica del rey Rodrigo. Es un romance viejo, directamente popular, de tradición oral, de época posiblemente anterior a la imprenta: (2)

Don Rodrigo, rey de España,
por la su corona honrar,
un torneo en Toledo
ha mandado pregonar;
sesenta mil caballeros
en él se han ido a juntar.
Bastecido el gran torneo
queriéndole comenzar,
vino gente de Toledo
por le haber de suplicar
que a la antigua casa de Hércules
quisiese un candado echar,
como sus antepasados
lo solían costumbrar.
El rey no puso el candado
mas todos los fué a quebrar,
pensando que gran tesoro
Hércules había dejar.
Entrando dentro en la casa
nada otro fuera hallar
sino letras que decían:
«Rey has sido por tu mal;
que el rey que esta casa abriere
a España tiene quemar».
Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro un pilar,
dentro dél nuevas banderas
con figuras de espantar;
alárabes de caballo
sin poderse menear,
con espadas a los cuellos,
ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo, pavoroso,
no curó de más mirar.

.....

Pero tiene más belleza y más cautivadora emoción la serie que narra los amores del rey y Florinda. He aquí uno, bellissimo; con tales delicadezas expresivas que revela ya, en su última for-

ma, una época madura de poesía. Se trata de un romance de los llamados «artísticos», probablemente de la segunda mitad del siglo XVI: (3)

En una fuente que vierte
 por agua cristal y perlas
 está bañando la Cava
 el oro de sus madejas.
 Sobre el cuello de marfil
 lleva esparcidas las hebras
 que, como sirven de lazos,
 también al cuello se acercan.
 Miranta sus bellos ojos
 porque viendo su belleza
 como segundo Narciso
 al primero no parezcan.
 Mirándola está Rodrigo
 por entre las verdes yedras,
 y embelesado y suspenso
 le dice de esta manera:
 —¡Ay Dios quién fuera Troya
 o París de tal Elena,
 aunque en España no quedase joya
 que el fuego no abrasase como a Troya!

Escuchad otro, anónimo también, hermosísimo, que Menéndez Pidal titula «Romance nuevamente rehecho de la fatal desenvoltura de la Cava Florinda» (4) y que Durán sencillamente rotula así: «Rodrigo viola a la Cava». (5) Es un romance artístico, posiblemente de finales del siglo XVI. Ofrece muchas variantes la primera con la segunda versión aludidas. Menéndez Pidal lo ha embellecido y modernizado, adaptándolo más a la sensibilidad y al vocabulario vigente. Pero yo quiero confesar con toda honradez mi preferencia por la redacción de Durán, el cual por cierto la toma de la del inglés Deeping en su «Romancero castellano»: Esas deliciosas y rápidas caídas de prosaísmo desde enhiesta cima poética, ese desenvuelto hablar con eco de germanía, esas reticencias inquietantes y turbadoras, nos evocan ciertamente la mejor estirpe de los romances de todos los tiempos, con sus zonas de luz y sombra, de prosa y verso... (¿Y quizá no nos sugiere también este romance los de un incomparable y desgraciado poeta andaluz de nuestros propios días?). He aquí la versión de Durán:

De una torre de palacio
se salió por un postigo
la Cava con sus doncellas
con gran gusto y regocijo.
Metiéronse en un jardín
cerca de un famoso ombrío
de jazmines y arrayanes,
de pámpanos y racimos.
Sentadas a la redonda
la Cava a todas las dijo
que se midieran las piernas
con un listón amarillo.
Midiérouse las doncellas,
la Cava lo mismo hizo,
y en blancura y lo demás
grandes ventajas les hizo.
Pensó la Cava estar sola,
pero la ventura quiso
que por una celosía
mirase el rey Don Rodrigo.
Puso la ocasión al fuego,
y sacóla cuando quiso,
y amor batiendo las alas
abrasóle de improviso.
Fueron del jardín las damas
con la que había rendido
al rey con su hermosura,
con su donaire y su brío.
Luego la llamó al retrete
y estas palabras le dijo:
--Sabrás, mi florida Cava,
que de ayer acá no vivo;
si me quieres dar remedio
a pagártelo me obligo
con mi cetro y mi corona,
que a tus aras sacrífico.
Dicen que no respondió
y que se enojó al principio;
pero al fin de aquesta plática
lo que mandaba se hizo.
Florinda perdió su flor,
el rey quedó arrepentido,
y obligada toda España
por el gusto de Rodrigo.
Si dicen quién de los dos
la mayor culpa ha tenido,

digan los hombres: la Cava,
y las mujeres: Rodrigo.

Hay otro romance de serie toledana; el de la toma de Toledo por Tarif, de Lorenzo de Sepúlveda. Romance con más prosa que verso, como «sacado», directamente y sin muchos requilorios, de la Crónica general. Es una pieza puramente vulgarizadora, sin pretensión de vuelo: (6)

Perdido era Don Rodrigo;
Tarif va ganando España.
A Toledo habie llegado
casi la Semana santa.
Falta habie de cristianos,
desamparada quedaba;
los que hay muy poco armados
que las armas les faltaban.
La villa, como es tan fuerte,
ningun cerco recelaba;
en ella hay muchos judios
que en Toledo se criaran.
Domingo era de Ramos,
gran fiesta se celebraba.
Los cristianos la hacian
que no la gente marrana.
Y por honra de la fiesta
iban a santa Leocadia
a oír la predicación
y de Dios la su palabra.
Los judios como malos
venden la gente cristiana;
obraron muy gran traición,
con Tarif tiénela obrada.
Cerraron todas las puertas
y a los moros la entregaran.
Salieron a los cristianos
que de esto no saben nada
y como están desarmados
en el campo a todos matan.
Entraron luego en Toledo
y por ella fuego andaba,
lo que no bastaba a nadie
si malos no la entregaran.

Y, por último, este romance anónimo en el que Rodrigo llora la pérdida del reino. Es un romance artístico, de la segunda mitad

del siglo XVI, muy bello, con patetismo admirablemente conseguido. La emoción de angustia y desconsuelo, alcanza un grado altamente considerable de perfección: (7)

Llorando mira Rodrigo
las ruinas castellanas,
los ejércitos vencidos,
la venganza de la Cava.
La fiera trompeta escucha
que forzosamente llama,
y otra vez en su memoria
más le aflige y le maltrata.
Confusos miran los cielos
la fatal hora menguada,
que de lo que Dios no hace
el mismo cielo se espanta.
Y el campo grita: Guerra, guerra, al arma.
Y el rey: Aquí fué Troya, adiós España.
Miran al rey sin corona
que siendo del cielo dada
sin que el cielo se la quite
ni la tiene ni la halla.
El mismo polvo medroso
salpicado de las armas
encontrando al rey se esconde
en el sudor de su cara.
Sonaban las voces tristes,
relumbraban las espadas
que penetraban sangrientas
por las vencidas gargantas.
Y el campo grita: Guerra, guerra, al arma.
Y el rey: Aquí fué Troya, adiós España.

Pero no queremos terminar este capítulo sin recordar dos admirables piezas de poetas de estirpe verdadera. Ya no son romances, sino, en ambos casos, liras; métrica combinación tan del gusto renaciente español. Dos «profecías del Tajo»: de Francisco de Medrano (8) y de Fray Luis de León.

La «profecía» de Medrano tiene toda ella mucho vigor, y algunas estrofas recuerdan los mejores momentos del poeta:

Rendido el postrer godo a la primera
y última fermosura que en el suelo
vió el sol, del Tajo estaba en la ribera,

moviendo envidia al cielo
de su adorada fiera.

.....
¡Cuánta diestra enemiga!
Ya suena el atambor, ya las banderas
se despliegan al viento, ya obedientes
al acicate, corren en hileras
los jinetes ardientes
y las yeguas ligeras... (9)

La «Profecía del Tajo», de Fray Luis, es muy conocida. Pieza de Antología, tiene versos espléndidos, estrofas de una nitidez, de una transparencia, de una precisión de dibujo posiblemente no igualadas hasta hoy en el parnaso castellano: (10)

.....
Ya desde Cádiz llama
el injuriado conde, a la venganza
atento, y no a la fama.
La bárbara pujanza
en quien para tu daño no hay tardanza.
Oye que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera;
que en Africa convoca
el moro a la bandera
que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blanda
el árabe cruel, y hiere el viento
llamando a la pelea;
innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
debajo de las velas desaparece
la mar, la voz al cielo
confusa y varia crece,
el polvo roba el día y le oscurece.
Ay que ya presurosos
suben las largas naves. Ay que tienden
los brazos vigorosos
a los remos, y encienden
as mares espumosas por do hienden.

.....
El rey Rodrigo, Tarif... ¡Pero, sobre todo, la Cava Florinda!...
No sé si habrán tenido alguna vez realidad histórica las viejas

piedras que, junto al puente de San Martín, bajo las murallas de la altiva ciudad, frente a los deleitosos cigarrales, recuerdan el nombre de la hermosa doncella. Si puedo afirmar que, al pasar por allí y contemplar el agua estremecida del viejo río, reflejando el vetusto torreón, he recordado con fruición aquel verso admirable de Góngora, en el que afirma que el Tajo es «...por ella, más que por su arena, rico». (11)

NOTAS

(1) Ramón Menéndez Pidal: *Flor nueva de romances viejos*. Buenos Aires, 1938.—Proemio, pág. 43.

(2) *Romancero general* o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por Don Agustín Durán. Tomo primero.—Rodrigo abre la cueva encantada de Toledo (anónimo), pág. 400.

(3) *Ibidem*.—De cómo el rey Don Rodrigo se enamoró de la Cava viéndola lavar los cabellos a la vera de una fuente (anónimo), pág. 401.

(4) Ramón Menéndez Pidal: *Ob. citada*, pág. 47.

(5) *Romancero general* citado.—Rodrigo viola a la Cava, pág. 401.

(6) *Ibidem*.—Toma de Toledo por Tarif (de Lorenzo de Sepúlveda), pág. 413.

(7) *Ibidem*.—Rodrigo llora la pérdida de su reino (anónimo), pág. 409.

(8) Dámaso Alonso: *Vida de Don Francisco de Medrano*. Discurso leído el 25 de Enero de 1948 en su recepción pública. Real Academia Española. Madrid, 1948. Es muy interesante este reciente estudio sobre el poeta aludido.

(9) *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*. Colección ordenada por Don Adolfo de Castro. Tomo primero.—Francisco de Medrano, pág. 357.

(10) *Escritores del siglo XVI*. Tomo segundo. Obras del maestro Fray Luis de León. Precedidas su vida, escrita por Don Gregorio Mayans y Siscar, pág. 5.

(11) Don Luis de Góngora: *Obras poéticas*. Tomo primero. Prólogo y notas de A. Alvarez Villa. París, Louis Michaud.—Canciones, pág. 147.

Mío Cid en Toledo

En Valladolid está el rey Don Alfonso VI. Allí ha recibido los presentes del Campeador.

Yo eché de tierra al buen Campeador,
e haciendo yo a él mal, e él a mi gran pro... (1)

Quiere honrarle casando sus hijas con los infantes de Carrión.
Así se lo habían demandado éstos:

Casar queremos con ellas a su ondra y a nuestra pro (2)

Transmítelo el rey a Alvar Fáñez y a Pero Bermúdez, y éstos, vueltos a Valencia, lo comunican a Rodrigo. Desea el rey además celebrar vistas de reconciliación, y deja al Cid la elección de lugar: ¡Nunca visto honor para un vasallo!

Non era maravilla si quisiesse el rey Alfons
fasta do lo fallásemos buscar lo iriemos nos
por darle grand ondra commo a rey e señor.
Mas lo que él quisiere, esso queramos nos.
Sobre Tajo que es una agua mayor
ayamos vistas quando lo quiere mio señor. (3)

De ambas partes van forjándose los preparativos:

Conduchos largos el rey enbiar mandava
a las aguas de Tajo o las vistas son aparejadas. (4)

Los infantes andan alegres; contraen nuevas deudas y piensan que van a enriquecerse con todo el oro y la plata del mundo. El rey lleva consigo inmenso séquito de condes, potestades y mesnadas.

El Cid desde Valencia también se prepara: fuertes mulas, ricos palafreos, armas, caballos, mantos, pieles, lujosas capas... Con él irán Alvar Fáñez, Pero Bermúdez, Martín Antolínez —el burgalés de pro—, el obispo Don Jerónimo... Pónense en marcha Rodrigo y los suyos. Cuando el Cid llega a las proximidades de Toledo y divisa al rey, que ha llegado antes, ordena a los suyos estarse quedos, y, con solo 15 de sus caballeros, echa pie a tierra y se

acerca a Alfonso. Hincase de rodillas el héroe ante el monarca, y toma entre sus dientes las yerbas del campo, según viejo rito de sumisión. «En los pueblos medioevales, el que caía herido para una muerte inmediata, tomaba en la boca tres briznas de yerba, humillándose ante el divino poder y uniéndose en mística comunión con la tierra madre». (5)

Los inojos e las manos en tierra los fincó,
las yerbas del campo a dientes las tomó,
llorando de los ojos, tanto abié el gozo mayor;
assi sabe dar omildanza a Alfons so señor. (6)

Ha pasado el tiempo. Hánse celebrado las bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión en Valencia. Estos han recibido, con Doña Sol y Doña Elvira, las espadas gloriosas Colada y Tizona. Han marchado hacia Carrión y, al entrar en Castilla, cerca de San Esteban de Gormaz, en el robledal de Corpes, cometen la tremenda, la increíble villanía: Don Diego y Don Fernando, los viles caballeros, escarnecen, golpean, espolean a las tiernas mujeres, y las dejan abandonadas, sangrantes, desnudas.

¡Qual ventura serie esta, si ploguiesse al Criador,
que assomasse essora el Cid Campeador! (7)

El Cid pide justicia al rey. Muño Gustioz habla en Sahagun con Alfonso y éste promete reparación: Convoca Cortes en Toledo de aquí a siete semanas.

De todas partes acuden ya los caballeros a la villa del Tajo. El rey va también hacia Toledo. Pero el Cid se niega a pasar el río todavía: quiere quedarse en San Servando y hacer vigilia de caballero en este santo lugar de monjes marseleses.

El rey don Alfons a Toledo va entrar,
mio Cid Roy Diaz en Sant Servan posar,
mandó fazer candelas e poner en el altar;
sabor a de velar en essa santidad,
al Criador rogando e fablando en poridad. (8)

Al día siguiente, oída la misa antes que el sol salga, rodeado de sus cien caballeros, el Cid cruza el Tajo y entra en la urbe. Al verle, todos, incluso el rey, se ponen en pie. Rodrigo expone

su demanda: reclama las dos insignes espadas, Colada y Tizona, y el ajuar de sus hijas; todo le es devuelto tras duros forcejeos. Por fin, el Cid propone reto: Pero Bermúdez reta a Fernando, Martín Antolínez a Diego y Muño Gustioz a Asur González, partidario de los infantes. El rey ampara a los tres lidiadores del Cid. Pero he aquí que dos emisarios entran en aquel instante en la Corte: vienen en nombre de los infantes de Navarra y Aragón a pedir al Cid sus hijas, que serán reinas. ¡Oh insigne reparación! El Cid, ya, se siente honrado: ha deshecho el cordón oprobioso que ata su barba y ha quitado la cofia que apresa sus cabellos. Partirá hacia Valencia. El mismo rey Alfonso cabalga con todos los altos caballeros de su corte acompañando al héroe hasta las afueras de la villa. Al llegar al Zocodover, el rey quiere ver correr el famoso Babieca. Se lo pide así al Cid: éste pica espuelas y maravilla al rey con su destreza prodigiosa.

El rey alzó la mano, la cara se santigó;
yo lo juro par sant Esidre el de León
que en todas nuestras tierras non ha tan buen varón. (9)

N O T A S

- (1) Poema del Cid, edición y notas de Ramón Menéndez Pidal. Clásicos Castellanos. Madrid, 1940.— Pág. 208, versos 1890 y 91.
- (2) *Ibidem.*—Pág. 208, verso 1888.
- (3) *Ibidem.*—Pág. 211, versos 1950 a 55.
- (4) *Ibidem.*—Pág. 212, versos 1972 y 73.
- (5) Ramón Menéndez Pidal: La España del Cid. Tomo primero. Editorial Plutarco. Madrid, 1929, pág. 367.
- (6) Poema del Mío Cid, citado, págs. 214 y 215, versos 2.021 y siguientes.
- (7) *Ibidem.*—Pág. 250, versos 2.741 y 42.
- (8) *Ibidem.*—Pág. 264, versos 3.053 y siguientes.
- (9) *Ibidem.*—Pág. 289, versos 3.503 y siguientes.

La judía Ferosa

Realidad o leyenda, la figura de la hermosa judía toledana se nos yergue espléndida, con la belleza y la fascinación de lo extraordinario. En unas cuantas líneas la Crónica general da escueta pero exacta noticia. El rey Don Alfonso VIII, casado, viene a Toledo con su mujer, la inglesa Doña Leonor. Y, estando aquí, «pagóse mucho de una judía que avió nombre Ferosa» (1), encerrándose con ella y abandonando a la esposa por espacio de casi siete años. Los hombres buenos del reino deciden rescatar al rey, extraño a los negocios de la Corte, y no encuentran otro medio sino la muerte —que ejecutan— de la bella amante.

Casi con la misma simplicidad y laconismo que el viejo texto, nos narra el trágico suceso Lorenzo de Sepúlveda (2) en uno de los romances que, ya lo dice él mismo, están «sacados a la letra de la Crónica que mandó recopilar el Srmo. Sr. rey Don Alfonso, que por sus buenas letras y reales y grande erudición de todo género de esciencia fué llamado el Sabio»:

... Pagóse de una judia;
de ella estaba enamorado.
Ferosa había por nombre,
cuádrale el nombre llamado.
.....
Siete años estaban juntos
que no se habían apartado,
y tanto la amaba el rey
que su reino había olvidado.
De sí mesmo no se acuerda:
los suyos han acordado
de poner recabdo al rey
en fecho tan feo y malo.
Acuerdan de la matar
por ver su señor cobrado...
.....

Es en Lope de Vega donde la dramática y horrible anécdota, cobra relieves y calidades de admirable poesía. Por primera vez,

la judía toma un nombre literario definitivo: Raquel. En lo sucesivo la antigua Ferosa, será para siempre, gracias a Lope, Raquel.

En la Huerta del Rey, orillas del Tajo, Alfonso, el futuro vencedor de las Navas, conoce a la mujer fascinadora, en circunstancias que recuerdan el viejo mito de Acteón y Diana.

Raquel quiere bañar en el río su bello cuerpo:

Esta arboleda
por cuyas plantas tan leda
el agua del Tajo pasa,
pienso que pueda encubrirme. (3)

El rey, oculto entre el ramaje, sorprende maravillado la prodigiosa visión:

¿No ves en los cristales, vuelta en hielo,
una ninfa del Tajo, que porfía
hacer del agua a todo el cuerpo un velo?
¿No ves del dulce Ovidio la poesía,
verdad en las riberas de Toledo,
como él en las de Arcadia la fingía? (4)

Y hay más tarde, en la escena siguiente, en un bello soneto, un monólogo del rey, que delata, con perfiles de poesía admirables, cómo Lope conocía y gozaba la belleza del paraje fluvial, junto al palacio de Galiana, sugeridor de moriscos secretos y de encantadoras memorias:

No te engrandezcas ya, oh mar de España,
por las riquezas que en tus ondas crías
pues más que de tus ondas nos envías
las tiene el Tajo que estos olmos baña.
Si en altas naves por la tierra extraña
el oro esparces de tus venas frías,
mejor le hallan aquí las manos mías
entre su verde juncia y espadaña.
Si por coral te alabas, unos labios
vencen el árbol que en tu seno crece,
con fruta que enloquece a los más sabios.
Pues si lustroso nácar te enriquece,
puede hacer a las tuyas mil agravios
la perla que en tus aguas resplandece. (5)

El atrayente tema de la judía toledana, fué tocado también, siguiendo la estela que Lope dejara, por el famoso predicador real, Fray Hortensio Paravicino, ganadó ya por el nuevo estilo, en pleno gongorismo. Y es, efectivamente, una característica muestra de las aberraciones literarias a que condujo Góngora a quienes, sin la sensibilidad suya, sin su prodigioso don poético, intentaron forjar un estilo culto y original. Este romance de la judía Raquel es justamente calificado por Durán como «escrito en tonto», es decir, en idioma afectadamente arcaico, usándose palabras viejas sin más que por no ser modernas; mezcladas las de una época con las de otra, anacrónicamente, por el escritor, que revela no conocer verdaderamente el lenguaje antiguo.

He aquí cómo Fray Hortensio describe la muerte de Raquel, página que resultaría ciertamente emotiva limpiándola de la intemperancia de algunos vocablos: (6)

Tres vegadas estribó
en el codo, y tres vegadas
puñó para se enhiestar;
tres se revolvió en la cama.
Al fin con menguadas luces
miró de Alfonso la cara.
Al... dijo, y calló con duda,
si fabló a Alfonso o al alma.
Mano y faz ayuntar quiso,
mas la muerte, al ayuntarla,
a entrambos tolló el conhorto,
ella fina, él se desmaya.

Sedano, en el «Parnaso español», elogia el poema «La Raquel», de Don Luis de Ulloa (7). Le asigna los defectos propios de la época del autor, pleno siglo XVII, pero estima lo noble de sus pensamientos, la elevación y majestad de las expresiones, lo bien tejido de la fábula, el alto número y culto verso, y, sobre todo, las muchas y graves sentencias de que está adornado.

Efectivamente, las octavas reales de que se compone el poema, tienen la redondez un poco declamatoria de la época, y llevan evidentemente el sello de Calderón, influencia máxima de aquellas décadas. Vedlo si no en estas tres estrofas, muy bellas por cierto, en las que se pinta a Alfonso VIII junto a su hermosa amante moribunda:

En los jazmines pálidos se arroja
 que deshojados y marchitos mira
 y explica dolorido la congoja
 en la debilidad con que respira;
 el clavel que marchito se deshoja
 contempla inmóvil, asustado admira,
 y suspendiendo indicios de viviente
 muestra que siente más en que no siente.
 De los injustos hados al intento
 ya toda la beldad obedecía,
 y con tan apacible movimiento
 que pudiera lucir cuando vivía;
 al despedirse del postrero aliento
 para mostrar que el cielo se rompía,
 abrió los ojos, y al cerrarlos luego
 todo lo que alumbró lo dejó ciego.
 Dando las señas de su fin constante
 tres veces se afirmó sobre los brazos
 y persuadida del preciso instante
 Atropos corta los vitales lazos;
 pártese el alma, y del mortal amante
 sale deshecho en líquidos pedazos
 a recibir los últimos despojos
 el corazón vertido por los ojos.

El espíritu neoclásico del siglo XVIII, tiene certera expresión en las tragedias de Vicente García de la Huerta, pluma en su tiempo auténticamente hispánica frente al afrancesamiento de la época. La tragedia «Raquel», es característica. (8) No sitúa el autor su acción, como Lope de Vega, en ambientes de amable y delicada poesía, cual son la Huerta del Rey y el meandro del río, sino en el antiguo Alcázar de los Reyes de España. Por de contado, rindiendo culto a la moda del tiempo, en el poema dramático de García de la Huerta, se cumplen rigurosamente las tres unidades: acción, tiempo y lugar, ineludibles entonces.

Comienza la jornada primera con el tan conocido verso:

Toda júbilo es hoy la gran Toledo.

Pero no quiero ofender la cultura del auditorio siguiendo detalles de obra tan conocida. Solamente citaré esta estrofa, a mi juicio muy representativa, pues revela que la tragedia no está escrita interpretando sentimientos de la España de Alfonso VIII, que no

son ni un solo momento comprendidos por el poeta, sino con sensibilidad contemporánea de éste:

Dice Raquel: —Traidores... Mas ¡qué digo! Castellanos,
 nobleza de este reino, ¿así la diestra
 armáis con tanto oprobio de la fama
 contra mi vida? Tan cobarde empresa
 ¿no os da rubor y empacho? ¿Los ardores
 a domar enseñados la soberbia
 de bárbaras escuadras africanas
 contra un aliento femenino se emplean?
 ¿Presumís hallar gloria en un delito
 y delito de tal naturaleza
 que complica las torpes circunstancias
 de audacia, de impiedad y de infidencia?
 ¿A una mujer acometéis armados?
 ¿El hecho, la ocasión, no os da vergüenza?

NOTAS

(1) Cuarta parte de la Crónica de España. Zamora, 1541.—Casamiento del rey de Castilla. Folio CCCLXXXVII, columna segunda

(2) Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por Don Agustín Durán. Tomo segundo.—Amores de Alfonso VIII con la hermosa judía (de Lorenzo de Sepúlveda), pág. 11.

(3) Comedias escogidas de Frey Lope Félix de Vega Carpio. Juntas en colección y ordenadas por Don Juan Eugenio Hartzenbusch. Tomo tercero.—Las paces de los Reyes y judía de Toledo. Acto II, escena III, pág. 567 y siguientes.

(4) *Ibidem.*—Escena IV.

(5) *Ibidem.*—Escena V.

(6) Romancero general citado.—Muerte de la judía Raquel, manceba de Alfonso VIII (de Fray Hortensio Paravicinio), pág. 11

(7) Poemas épicos. Colección dispuesta y revisada, con un prólogo y un catálogo, por Don Cayetano Rosell. Tomo segundo.—La Raquel, de Don Luis de Ulloa y Pereira, pág. 477 y siguientes.

(8) Vicente García de la Huerta: Raquel y Agamenón Vengado. Edición de Augusto Cortina. Buenos Aires, 1947.

La Descensión de Nuestra Señora

Defensora e patrona
de la ynperial ciudat,
que fué, de la majestat
gótica, trono e corona.
Mi negligencia perdona
sy tan presto e diligente
non loe, nin dignamente,
tu santísima persona.

.....
Naciste, Virgen muy santa,
en el reyno castellano,
e del vergel toledano
eres muy preciosa planta;
en el tiempo que fué tanta
la rauia de Daciano
contra el pueblo cristiano,
que la fama nos espanta.

.....
Myenbrete, Virgen, la hora
que dexiste al grant perlado
santo, e de España primado:
por ti biue mi Señora;
el e tu orad agora,
porque por mí ore aquella
al su fijo, de quien ella
tanto ynpetra quanto ynplora.

Así loa, en los albores del siglo XV, Fernán Pérez de Guzmán, el biógrafo de «Generaciones y Semblanzas», a la excelsa Leocadia, cuando ésta, a la presencia maravillada del rey Recesvinto, vino a testimoniar la gratitud de la Madre de Dios al santo arzobispo toledano. (1)

Pero escuchad ahora otra versión, que, ya en la plenitud del siglo XVII, compone quien personifica la más alta cima, en aquellas calendas, de nuestro teatro nacional: Calderón de la Barca. Se trata de la jornada primera de su poema dramático «Origen, pérdida y restauración de la Virgen del Sagrario». (2) La acción se desarrolla en la basílica de Santa Leocadia. Dentro del sagrado

recinto colúmbrase el sepulcro de ésta. Suenan chirimías y, abriéndose la fosa, sale la santa «con una cinta encarnada en la garganta» —para representar la degolladura— y en la mano una palma. (No se extrañe la curiosa observación escenográfica de la roja cicatriz; se trata de un recurso escénico en una pieza de teatro que había de representarse y, en efecto, se representó muchas veces ante populares concursos). Dice Leocadia:

—Ildefonso,
 por tí vive mi Señora.
 Por tí da la palma fruto,
 por tí está verde la oliva,
 por tí corre en su conduto
 la fuente del agua viva
 que es de los cielos tributo.
 Por tí está el huerto cerrado,
 por tí el pozo de agua lleno,
 el espejo no manchado,
 por tí el sol está sereno
 y la luna no ha menguado.
 Por tí la torre eminente
 toca al cielo con la frente,
 y de su zafir la puerta
 por tí está, Ildefonso, abierta
 y lo estará eternamente.
 Por tí la nevada aurora
 diluvios de aljófara llora,
 el lirio y el alhelfí
 todos florecen por tí,
 por tí vive mi Señora.

.....

Leocadia anuncia a continuación, al santo arzobispo, que la propia Virgen María vendrá a premiarle y también a abrazar la imagen que de Ella misma se venera en la iglesia mayor. Efectivamente, en otra escena a continuación, que se desarrolla precisamente en la Capilla de la Virgen, Ildefonso, tras descubrir el altar, dice este soneto ante la imagen, muy representativo por su estilo de la época en que fué compuesto:

Si el instrumento de mis labios templo
 para cantaros, Virgen especiosa,
 obra de Dios tan única y dichosa
 que sola vos de vos sois vivo ejemplo,

enmudece la voz porque os contemplo
 la Madre de Dios Hijo, la Hija hermosa
 del Padre, del Espíritu la esposa
 y, de los tres, sagrario, claustro y templo.
 Toda la Trinidad os perfecciona,
 tanto que si en los tres haber pudiera
 persona cuarta, universal persona,
 vuestra deidad cuarta persona fuera;
 mas si no os pudo hacer cuarta persona,
 después de Dios os hizo la primera.

Sale la Virgen en un carro triunfal, rodeada de ángeles, trayendo en las manos una casulla, y dice lo siguiente al santo en breve y liso romance, por cierto no de muy feliz factura:

Virgen: —Ildefonso, desta suerte
 agradecida me juzgo
 a tu devoción y celo.
 Con real aparato y triunfo
 vengo a premiar de mi mano
 de mi pureza el estudio.
 Este vestido, en quien es
 todo el sol un astro oscuro,
 recibe.

(Póncele la casulla).

El tema, con distintos y variados niveles poéticos, aparece constantemente en nuestra literatura. Ya mucho antes que Calderón, las «Cantigas» de Alfonso el Sabio, a mediados del siglo XIII, recogen el tema toledano. Y aquí sí que tiene verdadero sentido la afirmación de patria local, no sólo por su anécdota, sino también por su redacción. No hay que olvidar que uno de los códices fundamentales de la magna obra es toledano. La Cantiga II describe, en el idioma galaico-portugués de la época, ya perfectamente formado, cómo «Santa María pareceu en Toledo a Sant Alifonssso, et deu-ll'hua alua que trouxe de Parayso, conque dissesse missa». (3)

Virgijndad'en Toledo;
 deu-lle porend'hua alua
 que nas sas festas uestisse,
 a Virgen santa et salua,
 et en dándo-ll'-a, lle disse:
 «Meu Fillo esto ch'enuía».
 Porén deuemos, varoes,
 loar a Santa María.

.....

La Virgen, al descender de los cielos, trae en sus manos, según el rey Sabio, un alba, no una casulla. Y notad aquí los máximos valores de poesía que tiene este precioso dato del alba divina, aparte de los puramente litúrgicos que yo no estoy preparado para justipreciar. Pero el poeta de las Cantigas quizá tomara esto —y el milagro todo— de un dominico francés, el famoso teólogo de la corte de San Luis, Vicente de Beauvais. En su «Speculum historiale» (4) narra éste cómo la Virgen aparece ante San Ildefonso: ...*Albam sacerdotalem attulit ei dicens: Hoc vestimentum de paradiso filii mei attuli.* Un alba, no una casulla.

Si las Cantigas expresan el milagro por primera vez en idioma distinto del latín (en latín aparece ya tratado, quizá como tema inédito, por Cixila (5), obispo toledano del siglo VIII, casi contemporáneo del Santo, en su «Vida de San Ildefonso»); puede afirmarse que, en idioma castellano, surge por vez primera con Gonzalo de Berceo, contemporáneo del rey Sabio, en sus «Milagros de Nuestra Señora». Rompe la sucesión de éstos, y en sitio de honor, el que nos ocupa ahora. El *milagro primero* es, pues, la Descensión: (6)

En Toledo la buena essa villa real
 que iace sobre Taio, essa agua cabdal,
 ovo un arzobispo coronado leal
 que fue de la Gloriosa amigo natural.

.....

El sancto arzobispo un leal coronado
 por entrar a la missa estaba aguisado,
 en su preciosa cathedra sedie asentado,
 adusso la Gloriosa un present muy onrado.

Apareciol la madre del Rey de Magestat
 con un libro en mano de muy grant claridat,
 el que él avie fecho de la virginidat,
 plogol a Ildefonso de toda voluntat.

Fizoli otra grazia qual nunca fue oida,
 dioli una casulla sin aguía cosida,
 obra era angélica, non de omne texida...

Obsérvese que, según Berceo, la Virgen «dioli (a San Ildefonso) una casulla sin aguía cosida», es decir, una casulla inconsútil, no un alba. Aquí posiblemente Berceo sigue a Gobius, quien en su «Scala coeli» habla, mucho antes ya, no de alba, sino de casulla.

A finales del siglo XIII, también el tema se repite, muy bellamente por cierto. Un anónimo «beneficiado de Úbeda», compone una hermosa «Vida de San Ildefonso», en cuaderna vía. (7) La da a conocer, por primera vez, Janer en su «Colección de poetas castellanos anteriores al siglo XV», pero ya era sabida de Don Tomás Antonio Sánchez, aunque por cierto no la insertó en su famosa colección, publicada en 1779. «La «Vida de San Ildefonso», dice Sánchez (8), se escribió también en verso alejandrino. Poseo una copia de ella sacada de un códice antiguo escrito en prosa. Contiene 505 versos, rimados por lo común de cuatro en cuatro, aunque algunas veces falta el consonante y se halla sólo asonante; todo sin duda por defectos del códice y descuido de los copiantes o por la rudeza de aquellos tiempos».

He aquí cuán bellamente poetiza el anónimo clérigo el divino momento de la descendión de Nuestra Señora:

... Iban con él los clerigos e otras muchas gentes
 e levaban delante muchos cirios ardientes,
 quando fueron a la puerta, pararon dentro mientes,
 e vieron grand claridat et non lo pudieron sofrir,
 todos como estaban comenzaron de foir.
 Llego a la puerta e fisola abrir,
 e fuese para el altar, como antes solia hir.
 Pues fiso reuerencia delante del altar,
 paro mientes e vio la Gloriosa
 allí do el solia al pueblo predicar:
 Comensaron a dulces voces a cantar.
 Estaba y la reina muy bien accompanada,
 de dos coros de virgenes e de angeles cercada,
 llamó a don Alfonso la Virgen coronada,
 llegose a ella sin dubda la capilla tirada.
 Fijo, dixo la Virgen, en toda vuestra vida
 fui siempre venida,
 por vos cumplir la onrra que vos habia prometida.
 Sodes del mi Fijo en todo su vicario,

sodes mi capellan e mi fiel notario,
 e en sennal que habedes otro mejor salario.
 E el salario será quano de aqui fueredes,
 para regnar conmigo, como vos merescedes.
 De mientras tomat esta casulla, que vistades
 quano dixieredes la misa e las solemnidades.

El anónimo poeta habla definitivamente de casulla. No vuelve jamás en lo sucesivo el «alba» del teólogo de San Luis.

El tema de la Descensión no desaparece nunca de nuestra literatura. También mucho antes que Calderón de la Barca, un toledano, el licenciado Juan López de Úbeda, en su «Cancionero y vergel de flores divinas», cantaba tan fervorosa como inocentemente: (9)

Armando están caballero
 a Ildefonso toledano
 en el templo de la Virgen,
 en un altar soberano.

 Caballero es de la Virgen
 y ella misma le ha arreado
 con un arnés de valía,
 celestial y más que humano...

También Don Juan de Jáuregui, el retratista de Cervantes, cantó «el singular favor que nuestra Señora hizo a San Ildefonso, dándole la casulla en la iglesia de Toledo», en octavas reales, algunas de ellas bastante felices, aunque muy tocadas del aire de la época: (10)

... En cuyo templo a la sazón entraba
 ya por sus puertas Ildefonso el santo,
 que el frágil cuerpo apenas sustentaba,
 seco al ayuno, humedecido al llanto.
 Las tersas losas del umbral hollaba
 cuando le asalta con alegre espanto
 tal resplandor, que a su luciente salva
 es sombra el sol y ciega noche el alba.

... Dijo, y vistió los hombros del prelado
 de celestial casulla, insignia santa,
 y al aire, de sus rayos inflamado,
 en sí misma se encumbra y se levanta,

dejando impreso el mármol consagrado
 con los vestigios de una y otra planta
 y rayando de luz con recto vuelo
 la gran distancia de la tierra al cielo.

El maestro José de Valdivielso, en su voluminoso «Sagrario de Toledo», macizo edificio de sillería poética, enteramente compuesto en octavas reales —metro solemne y rotundo por excelencia—, dedica muchas páginas, como es natural, a la Descensión. Escuchad esta estrofa en la que la Virgen aproximase a su propia imagen y la estrecha contra sí: (11)

... Y así de su retrato se enamora,
 visto, no por el vidrio transparente
 del agua justamente burladora:
 y mientras que la abraza suavemente
 la milicia se eleva que la adora,
 mirando en el favor maravillada
 que es la misma que abraza la abrazada.

Don Luis de Góngora —el gran poeta de las «Soledades»— tiene aciertos admirables en unas «octavas sacras» dedicadas también al tema que nos ocupa. Pertenecen a su época más barroca, a la de hipérbaton más violento y latinizante. Son, aunque difíciles, muy hermosas. He aquí dos de ellas: (12)

... Fulgores arrojando se presiente
 nocturno sol en carro no dorado,
 en trono sí de pluma que luciente
 canoro nicho es, dosel alado;
 conceptuoso coro diligente
 a tanto ministerio destinado,
 en hombros, pues, querúbicos María
 viste al aire la púrpura del día.
 Al cerro baja, cuyos levantados
 muros, alta de España maravilla,
 de antigüedad salían coronados
 por los campos del aire a recibilla;
 en tantos la aclamó plectros dorados
 cuantas se oyeron ondas en su orilla,
 glorioso el Tajo en ministrar cristales
 a empíreas torres ya, no imperiales.

Y ved, en esta otra octava sacra, cómo pinta el momento en que la Virgen premia al santo con la divina librea:

... Desde el sitial la Reina esclarecido
 ornamento le viste de un brocado
 cuyos altos no le era concedido
 al serafin pisar más levantado;
 envidioso aun antes que vencido,
 carbunco ya en los cielos engastado,
 en bordadura pretendió tan bella
 poco rubí ser más que mucha estrella.

Pero es Lope de Vega quien, de forma maravillosa, acierta plenamente con el tema, en el soneto 55 de sus «Rimas sacras». Por fin, y para siempre, Lope fija la sagrada anécdota de manera definitiva. No será hiperbólico afirmar que es éste el mejor soneto que se ha escrito en castellano: prodigiosa joya de poesía que recuerda, por su admirable plasticidad, los suntuosos retablos de la época, con sus delicadísimos y rotundos perfiles y su ornamentación regiamente estofada: (13)

Cuelgan racimos de ángeles que enrizan
 la pluma al sol en arcos soberanos;
 humillan nubes promontorios canos,
 y de aljófara la tierra fertilizan.
 Desde el Cielo a Toledo se entapizan
 los aires de celestes cortesanos
 con lirios y azucenas en las manos
 que la dorada senda aromatizan.
 Baja la Virgen, que bajó del Cielo
 al mismo Dios; pero, si a Dios María,
 hoy a María de Ildefonso el celo.
 Y como en pan angélico asistía
 Dios en su Iglesia, el Cielo vió que el suelo
 ventaja por entonces le tenía.

«Una agudeza grave por lo sublime de la materia y sutil por lo realzado del artificio; es acto digno y propio del espíritu: tal fué éste del célebre Lope de Vega a la Descensión de la Virgen a favorecer a San Ildefonso». Así hablaba del incomparable soneto del Fénix, Baltasar Gracián en su «Agudeza y arte de ingenio». (14) Y Azorín, muy recientemente, ha escrito: «No se dirá que no era admirador del Greco —tal vez especialmente del «Entierro»— quien escribe éstos versos maravillosos». (15)

¿Y el riquísimo estuche de aladas piedras que encierra tantas y tantas emociones, tantos y tantos entrañables y sagrados recuerdos? De la maravillosa Catedral de Toledo, dice un personaje de «La noche toledana», de Lope de Vega: (16)

... La iglesia.

Con razón prima se llama,
 más digna de eterna fama
 que la maravilla efesia.
 ¡Qué Sagrario, qué tesoro,
 qué reliquias y grandezas!
 ¡Qué de fuentes, qué de piezas,
 qué de ricas joyas de oro!

No, no quiero terminar mis palabras, que han tenido solamente el calor proporcionado por tantas obras maestras de poesía, sin leer un soneto de Don Pedro Calderón de la Barca a esta Catedral toledana —cifra y compendio de riquezas y emociones altísimas, suma de maravillas que los siglos han dichosamente acumulado: (17)

Salve, primer metrópoli de España,
 pues hasta coronar tu frente altiva
 ni en su dosel ciñó la paz oliva
 ni la guerra laurel en su campaña.
 Salve, oh siempre católica montaña,
 y tan siempre a la luz de la fe viva,
 que, aun entre los horrores de cautiva,
 ajena te alumbró, pero no extraña.
 Salve, erario feliz de glorias tantas,
 que hoy en tu angelical cámara bella
 aun los mármoles son reliquias santas.
 Salve, y permite al adorar la huella
 que enterneció una piedra con sus plantas,
 no esté mi corazón más duro que ella.

NOTAS

- (1) Cancionero castellano del siglo XV. Ordenado por R. Foulché Delbosc. Tomo primero. (Nueva biblioteca de autores españoles, bajo la dirección de Menéndez y Pelayo. Tomo 19). Madrid, 1912.—Fernán Pérez de Guzmán: A Santa Leocadia, pág. 694.
- (2) Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca. Colección hecha e ilustrada por Don Juan Eugenio Hartzenbusch. Tomo primero.—Origen, pérdida y restauración de la Virgen del Sagrario, págs. 329 y siguientes.
- (3) Cantigas de Santa María, de Don Alfonso el Sabio. Real Academia Española. Volumen primero. Madrid, 1889.—Cantiga II, pág. 4 del texto de Cantigas.
- (4) *Ibidem.*—Extractos de las Cantigas (con notas bibliográficas de varios romanistas), por el Marqués de Valmar, pág. XXXIX.
- (5) P. Enrique Flórez: La España Sagrada o teatro geográfico histórico de la Iglesia en España. Madrid, 1747.—Cixila: Vita S. Hildephonsi, en V., 482.
- (6) Poetas castellanos anteriores al siglo XV. Colección hecha por Don Tomás Antonio Sánchez, continuada por Don Pedro José Pidal y aumentada e ilustrada por Don Florencio Janer.—Gonzalo de Berceo: Milagros de Nuestra Señora. Milagro I, pág. 105.
- (7) *Ibidem.*—El Beneficiado de Ubeda: Vida de San Ildefonso, pág. 329.
- (8) *Ibidem.*—Palabras de Sánchez recogidas por Janer, en nota de la página 323.
- (9) Romancero y cancionero sagrados, coleccionados por Don Justo de Saucha.—Licenciado Juan López de Ubeda: A San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, en pág. 120.
- (10) Poetas líricos de los siglos XVI y XVII, colección ordenada por Don Adolfo de Castro. Tomo segundo.—Don Juan de Jáuregui, pág. 128.
- (11) Joseph de Valdivielso: Sagrario de Toledo. Poema heroico. Año 1616. En Madrid, por Luis Sánchez.—Libro XVIII, folio 315, octava tercera.
- (12) Poetas líricos, etc., arriba citado. Tomo primero.—Don Luis de Góngora, pág. 456.
- (13) Rimas sacras de Lope de Vega Carpio, clérigo presbítero, con cien octavas a la vida de la Magdalena. Lisboa. En la oficina de Henrique Valente de Olivera, 1658.—Soneto LV, pág. 38.
- (14) Baltasar Gracián: Agudeza y arte de ingenio. Discurso III.
- (15) Azorin: Lope de Vega. Artículo publicado en el diario de Madrid *A B C* el 14 de Julio de 1948.
- (16) Comedias escogidas de Frey Lope Félix de Vega Carpio. Juntas en colección y ordenadas por Don Juan Eugenio Hartzenbusch. Tomo primero.—La noche toledana, acto primero, escena sexta, pág. 203 y siguientes.
- (17) Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca, etc., arriba citadas. Tomo cuarto.—Discurso métrico ascético sobre la inscripción «Psalle et sile», que está grabada en la verja del Coro de la Santa Iglesia de Toledo, pág. 731